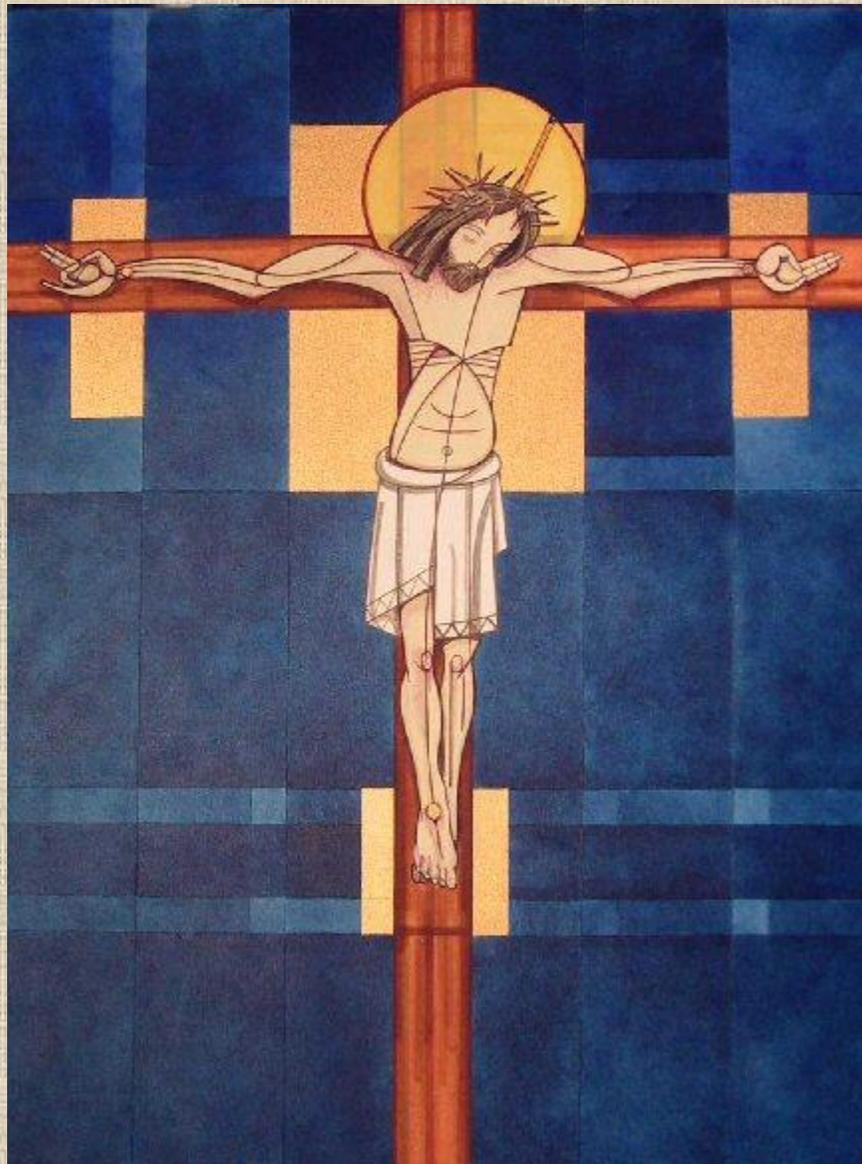


MURIENDO, DESTRUYÓ NUESTRA MUERTE



OBJETIVOS

Anunciar la salvación como derrota del mal y redención del pecado para transformar mi propia vida y la de los demás.

Meditar la Pasión y Muerte de nuestro Señor Jesucristo para recordar el amor que Dios nos ha mostrado, así como motivarnos a renunciar definitivamente a nuestros vestigios de hombres pecadores y conquistar la vida eterna a la que fuimos llamados. (1 Tim. 6, 12).

INTRODUCCIÓN AL ANIMADOR

En encuentros anteriores se ha venido reflexionando acerca de nuestra realidad de pecadores, pero también de nuestra realidad de hijos de Dios. Se ha enfatizado como podemos caer en medio de las dificultades, pero salir adelante al confiar en Cristo (*Caminar sobre las aguas*); como estamos llamados a dejar que nuestro encuentro con Cristo cambie nuestra vida y nos propulse a la meta de la santidad (*Plenamente infiltrados*); y se nos ha invitado a darnos cuenta de que, a pesar de haber errado, Dios nos ama y nos busca, y nos permite volver al ÉL si nos arrepentimos de verdad (*Alguien te está llamando*). Dentro del marco de la Cuaresma, y en vísperas del inicio de la Semana Mayor, solo nos queda recordar algo más: que el pecado ha sido vencido. Que Cristo murió por nosotros, y resucitó por nosotros.



“¿No saben que todos nosotros, al ser bautizados en Cristo Jesús, hemos sido sumergidos en su muerte? Por este bautismo en su muerte fuimos sepultados con Cristo, y así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la Gloria del Padre, así también nosotros empezaremos una vida nueva. Si la comunión en su muerte nos injertó en él, también compartiremos su resurrección. Como ustedes saben, el hombre viejo que está en nosotros ha sido crucificado con Cristo. Las fuerzas vivas del pecado han sido destruidas para que no sirvamos más al pecado. Hemos muerto, ¿no es cierto? Entonces ya no le debemos nada. Pero si hemos muerto con Cristo, deberemos creer que también viviremos con él. Sabemos que Cristo una vez resucitado de entre los muertos ya no muere más; desde ahora la muerte no tiene poder sobre él. Así pues, si hay una muerte para el pecado que es para siempre, también hay un vivir que es un vivir para Dios. Así también ustedes deben considerarse a sí mismos muertos para el pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús”. Rom. 6, 3-11.

Se recomienda a los animadores leer y meditar antes del desarrollo del encuentro Jn. 13-19.

DESARROLLO DEL ENCUENTRO

AMBIENTACIÓN

El presente encuentro está estructurado como un Vía Crucis, por lo cual el lugar a donde se realice debe contar con un espacio suficiente para albergar cada estación. En un lugar en el cual, de ser posible, se pueda manipular la iluminación, se colocará un gran pliego de papel periódico, tenso de algún modo, y totalmente en blanco.

Bienvenida y técnica de animación

Al puro inicio del encuentro, se recibe a los jóvenes y se les invita a formarse en un círculo. Luego, el animador encargado dice su nombre, dónde vive, una fruta o verdura que comience con su nombre, y hace una mueca, gesto o ademán. Luego, indica al siguiente, por cualquiera de los dos lados, que repita lo que dijo y luego haga lo mismo pero respecto a él. La idea del juego es que las presentaciones sean acumulativas, motivando que se preste mayor atención y favoreciendo el reconocimiento de los presentes.

Oración inicial: Gesto introductorio

Se invita a los jóvenes a disponer sus corazones, y a que recuerden cuánto les ha amado Dios. Luego, se les invita a que recuerden esas faltas que les han alejado de ese Amor Eterno. Se les habla de cómo en el Templo de Jerusalén había un velo que separaba el Lugar Santísimo, donde estaba la presencia de Dios, del resto del pueblo. Se compara ese velo con nuestros pecados, que no nos permiten ver a Dios, estar con Dios, saborear el amor de Dios. Con base en esto, se invita a los presentes a mojar la punta de un dedo en un frasco de pintura roja, y marcar el papel periódico en blanco, el "Velo del Templo". Al final, se les entregará a los jóvenes toallas o servilletas para que se limpien el dedo, y se dispondrá de ellas como corresponda.

Luego del gesto, un animador prepara el siguiente momento, invitando a reflexionar: ya sabemos que somos pecadores, y sabemos que Dios nos ama. ¿Qué ha hecho Dios para librarnos del pecado, para librarnos de la muerte... para salvarnos?

“De su plenitud hemos recibido todos”

Un lector, escogido de antemano entre los jóvenes, leerá en ese instante el pasaje siguiente:

“En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba ante Dios, y la Palabra era Dios. Él estaba ante Dios desde el principio. Por él se hizo todo, y nada llegó a ser sin él. Lo que fue hecho tenía vida en él, y para los hombres la vida era luz. La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la impidieron. Él era la luz verdadera, la luz que ilumina a todo hombre, y llegaba al mundo. Ya estaba en el mundo, este mundo se hizo por él, este mundo que no lo recibió. Vino a su propia casa, y los suyos no lo recibieron; pero a todos los que lo recibieron les dio la capacidad para ser hijos de Dios. Al creer en su Nombre han nacido, no de sangre alguna, ni por ley de la carne, ni por voluntad de hombre, sino que han nacido de Dios. Y la Palabra se hizo carne, puso su tienda entre nosotros, y hemos visto su Gloria: la Gloria que recibe del Padre el Hijo único; en él todo era gracia y verdad. Juan dio testimonio de él; dijo muy fuerte: “De él yo hablaba al decir: el que ha venido detrás de mí ya está delante de mí, porque era antes que yo.”. De su plenitud hemos recibido todos, y cada gracia recibida preparaba otra. Por medio de Moisés hemos recibido la Ley, pero la verdad y la gracia nos llegó por medio de Jesucristo. Nadie ha visto a Dios jamás, pero a Dios-Hijo único, el que está en el seno del Padre, nos lo dio a conocer.”. Jn. 1, 1-5. 9-19.

Luego de esta lectura, se continúa en clima de oración, invitando a los jóvenes a que dialoguen con Dios, pero que también dialoguen consigo mismos en sus corazones. Se les subraya lo siguiente: la Palabra, que es Jesús, que vino al mundo, se hizo uno de nosotros, y nos ha dado la verdad, la gracia, y el don de ser hijos de Dios. Se les invita a expresar qué entienden por gracia, y luego se define la misma: la gracia consiste en que Dios nos amó y nos perdonó aún cuando por nuestros pecados no lo merecíamos. La gracia es el mismo amor de Dios hacia nosotros en toda su expresión, a lo largo de cada segundo de nuestra vida. Estar en gracia es permanecer en Su Amor, y recibir una gracia es recibir una caricia suya. Dios-Amor nos trata con amor eterno.

Otro animador indica ahora que, en este momento, iniciarán juntos un recorrido, siempre en oración, por diferentes momentos de la **Pasión de Jesucristo**. Se les invita, particularmente, a descubrir que **esa historia tiene dos protagonistas: Jesús mismo, por supuesto, y cada uno de los presentes**.

Entre estación y estación, se puede entonar un cántico, o bien, se puede rezar un Padrenuestro, junto con la invocación “Por tu dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros”.

Primera Estación: “Tanto amó Dios al mundo”

En esta estación se puede observar una imagen del planeta, ojalá contra un fondo estrellado. Cada estación ha de estar marcada por una pequeña cruz, que puede ser de papel.

Cuando se llega a esta estación, se solicita otro lector de entre el público. Éste lee el siguiente texto:

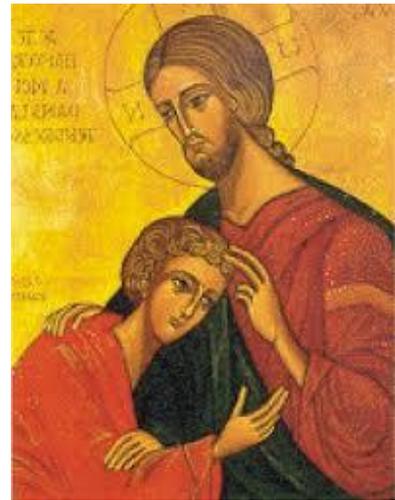
“Entre los fariseos había un judío importante llamado Nicodemo. Jesús le dijo: “Así como Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, así también tiene que ser levantado el Hijo del Hombre, y entonces todo el que crea en él tendrá por él vida eterna. Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Único, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió al Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve gracias a él. El que cree en él no será condenado, pero el que no cree ya se ha condenado a sí mismo, por el hecho de no creer en el Nombre del Hijo único de Dios. Y en esto consiste su juicio: la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Pues el que actúa mal odia la luz y no va a la luz, no sea que sus malas obras sean descubiertas y condenadas. Pero el que hace la verdad va a la luz, para que se vea que sus obras han sido hechas en Dios.”. Jn. 3, 1a. 14-21.

Continúa la meditación. El Hijo del Hombre tiene que ser levantado: la Cruz es necesaria. Dios no envió a Jesús a condenar, sino a salvar, a salvar por el amor con que se le acepte. Para Dios, creer es confiar, y confiar es amar. Empero, de nosotros depende la salvación, nosotros debemos decidir libremente aceptar a ese Dios que nos amó tanto que no se dejó a su Hijo para sí mismo, sino que nos lo entregó para que tengamos vida en Él.



Segunda Estación: La traición de Judas

En esta estación, además de la cruz, debe haber una pequeña mesita, con un mantel muy cuidado, una copa con jugo de uva y una hogaza de pan aplanada (puede ser un pan pita o una masa de pizza). Se invita a los jóvenes a sentarse alrededor de la mesita, y el animador recuerda que, la noche antes de ser entregado, Jesús se reunió con sus discípulos para compartir la Cena de la Nueva Alianza. En ese momento, compartieron el Cuerpo y la Sangre, bajo las especies del pan y del vino. Con un canto alegórico de fondo, se invita a los jóvenes a compartir la hogaza de pan y la copa de jugo de uva, simbolizando la comunión con Dios, y el verdadero Alimento que recibirán después en la Eucaristía.



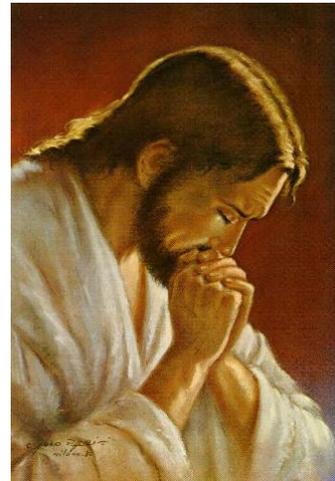
Luego de este gesto, el animador, sin previo aviso, lee la siguiente lectura:

“Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que le había llegado la hora de salir de este mundo para ir al Padre, como había amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban comiendo la cena y el diablo había depositado ya en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle. Jesús, por su parte, sabía que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos y que había salido de Dios y que a Dios volvía. Jesús se conmovió en su espíritu, y dijo con toda claridad: “En verdad les digo, uno de ustedes me va a entregar”. Los discípulos se miraron unos a otros, pues no sabían a quien se referían, Uno de sus discípulos, el que Jesús amaba, estaba recostado a su lado en la mesa, y Simón Pedro le hizo señas para que le preguntara de quién hablaba. Se volvió, pues, hacia Jesús y le preguntó: “Señor, ¿quién es?”. Jesús le contestó: “Voy a mojar un pedazo de pan en el plato. Aquél a quien se lo dé, ése es.”. Jesús mojó un pedazo de pan y se lo dio a Judas Iscariote, hijo de Simón. Apenas Judas tomó el pedazo de pan, Satanás entró en él. Entonces Jesús le dijo: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto”. Judas se comió el pedazo de pan y salió inmediatamente. Era de noche. Cuando Judas salió, Jesús dijo: “Ahora es glorificado el Hijo del hombre y Dios es glorificado en él.”. Jn. 13, 1-3. 21-27. 30s.

Un momento de silencio. Judas comió con el Señor, compartió su mesa, como amigos que eran, y aún así lo traicionó. Cuando nosotros pecamos, nosotros también “entregamos a Jesús”. Pero Él confía en que volvamos a Él. Él nos llama, y nos espera con los brazos abiertos, a pesar de nuestras faltas. El momento se acerca Él está a punto ahora de redimir al mundo.

Tercera Estación: La Oración Sacerdotal de Cristo

En la siguiente estación hay una caja cerrada, conteniendo un espejo. La caja está decorada con un inmenso corazón. El animador encargado invita a disponerse en un círculo, e invita a los jóvenes a que imaginen qué le pedirían a Dios si supieran que están a punto de dar la vida por sus amigos. Luego de oír algunas opiniones, el animador lee la Oración Sacerdotal de Cristo:



“Dicho esto, Jesús elevó los ojos al cielo y exclamó: “Padre, ha llegado la hora; ¡glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te dé gloria a Ti! Tú le diste poder sobre todos los mortales y quieres que comunique la vida eterna a todos aquellos que le encomendaste. Y ésta es la vida eterna: conocerte a ti, único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesús, el Cristo. He manifestado tu Nombre a los hombre: hablo de los que me diste, tomándolos del mundo. Eran tuyos, y tú me los diste y han guardado tu Palabra. Ahora reconocen que todo aquello que me has dado viene de ti. El mensaje que recibí se lo he entregado y ellos lo han recibido, y reconocen de verdad que yo he salido de ti y creen que tú me has enviado. Yo ruego por ellos. Yo les he dado tu mensaje y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo. No te pido que los saques del Mundo, sino que los defiendas del Maligno. Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Conságralos mediante la verdad: tu palabra es verdad. Así como tú me has enviado al mundo, así yo también los envío al mundo; por ellos ofrezco el sacrificio, para que ellos sean consagrados en la verdad. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te conocía, y éstos a su vez han conocido que tú me has enviado. Yo les he dado a conocer tu Nombre y se los seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me amas esté en ellos y también yo esté en ellos.””. Jn. 17, 1-3. 6-9a. 14-19. 25s.

Como única reflexión, se les indica que esa caja es el corazón de Dios, y que individualmente, cada uno se fije en su interior para saber que hay en él.

Cuarta Estación: Jesús es arrestado

Al llegar a esta estación, cada joven es atado mano con mano con otros dos jóvenes, mediante una liga de hule, o un trozo de cinta. Se dejará solo a dos con la mano libre, para que el grupo pueda avanzar en fila india. De aquí hasta la octava estación, los jóvenes permanecerán atados. Se les invita a opinar qué significan las ligaduras: acaso el pecado, acaso algo más... Luego, se solicita a uno de los que tienen mano libre que lean el siguiente texto:

“Cuando Jesús terminó de hablar, pasó con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón. Había allí un huerto, y Jesús entró en él con sus discípulos. Judas, el que lo entregaba, conocía también ese lugar, pues Jesús se había reunido allí muchas veces con sus discípulos. Judas hizo de guía a los soldados romanos y a los guardias enviados por los sacerdotes y los fariseos, que llegaron allí con linternas, antorchas y armas. Jesús, que sabía todo lo que le iba a suceder, se adelantó y les dijo: “¿A quién buscan?”. Contestaron: “A Jesús el Nazareno”. Jesús les dijo: “Yo soy”. Y Judas, que lo entregó, estaba allí con ellos. Cuando Jesús les dijo “Yo soy”, retrocedieron y cayeron al suelo. Les preguntó de nuevo: “¿A quién buscan?” Dijeron: “A Jesús el Nazareno”. Jesús les respondió: “Ya les he dicho que soy yo. Si me buscan a mí, dejen que éstos se vayan.””. Jn.18,1-8

El animador explica lo siguiente: Al único al que de verdad traicionó Judas fue a sí mismo, y cuando nosotros pecamos, a nosotros nos pasa lo mismo. Nosotros caemos “arrestados” por nuestras propias culpas, esclavos de nuestras propias faltas. Pero Jesús no quiso que fuera así. Él se entregó por nosotros: “Si me buscan a mí, dejen que éstos se vayan”. Él, que es inocente, se ofreció en vez de nosotros a cumplir con nuestra pena de muerte. Él, siendo nosotros sus enemigos, se entregó por amor a nosotros.



Quinta Estación: Las negaciones de Pedro

En esta estación, además de la cruz está la imagen de un gallo. Apenas se llega, los jóvenes se distribuyen en un círculo, y al otro que está con una mano libre se le pide que lea el texto de la estación:

“Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Como este otro discípulo era conocido del sumo sacerdote, pudo entrar con Jesús en el patio de la casa del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera, junto a la puerta. Entonces salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote y habló con la portera, que dejó entrar a Pedro. La muchacha que hacía de portera dijo a Pedro: “¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?”. Pedro le respondió: “No lo soy”. Los sirvientes y los guardias tenían unas brasas encendidas y se calentaban, pues hacía frío. Simón Pedro estaba calentándose en el fuego del patio, y le dijeron: “Seguramente tú también eres uno de sus discípulos”. El lo negó diciendo: “No lo soy”. Entonces uno de los servidores del sumo sacerdote, pariente del hombre al que Pedro le había cortado la oreja, le dijo: “¿No te vi yo con él en el huerto? De nuevo Pedro lo negó y al instante cantó un gallo.” Juan 18, 15-18a. 25-27.

La reflexión se centra en lo siguiente: cuando nosotros pecamos, nosotros también negamos a Jesús. Y al igual que Pedro, no podríamos tener justificación: Cristo nos ha amado, Cristo se entregó por nosotros. Jesús acaba de conseguir que dejasen libre a Pedro, y él lo niega. Ese es el pecado: ser desagradecidos con Dios. Pero sabemos que Jesús perdonó a Pedro y le restauró su dignidad. Él también nos perdona y restaura si nosotros se lo pedimos de corazón.



Sexta Estación: Jesús y Pilatos

En esta estación, hay varias imágenes de reyes, actuales y modernos. En el centro, enmarcado con rojo, se ve la imagen de Jesús coronado de espinas. Se les pregunta a los jóvenes: para ellos, ¿qué es un rey? ¿qué características tienen? Viendo el Ecce Homo, se les lanza la pregunta: ¿es Jesús un rey que cumple con esas características?

Como respuesta, un animador lee lo siguiente:

“Llevaron a Jesús de la casa de Caifás al tribunal del gobernador romano. Pilatos entró en el palacio, llamó a Jesús y le preguntó: “¿Eres tú el rey de los judíos?”. Jesús contestó: “Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi gente habría peleado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de acá.” Pilatos le preguntó: “Entonces, ¿tú eres rey?”. Jesús respondió: “Tú lo has dicho: yo soy Rey. Yo doy testimonio de la verdad, y para esto he nacido y he venido al mundo. Todo el que está al lado de la verdad escucha mi voz.” Pilatos dijo: “¿Y qué es la verdad?””. Jn. 18, 28a. 33. 36-38a.

Se invita a los jóvenes a expresar su fe: ¿qué es la verdad? ¿Cuál es la verdad que anunció Cristo? La única conclusión es que la verdad es Dios mismo, y su Amor. Cristo es rey, no como los de este mundo que lo son por su poder y riquezas, sino que es rey por su amor. Es rey no porque le sirven, sino porque se hace servidor de los demás. Es rey por la Verdad que es el Amor que nos tiene. Se lanza una última pregunta retórica: ¿estoy acaso del lado de esa verdad?



Sétima Estación: Jesús es crucificado



En esta estación, como única ambientación se muestra una cruz marcadora de estación más grande que el resto. Apenas llegan los jóvenes, se empieza a leer:

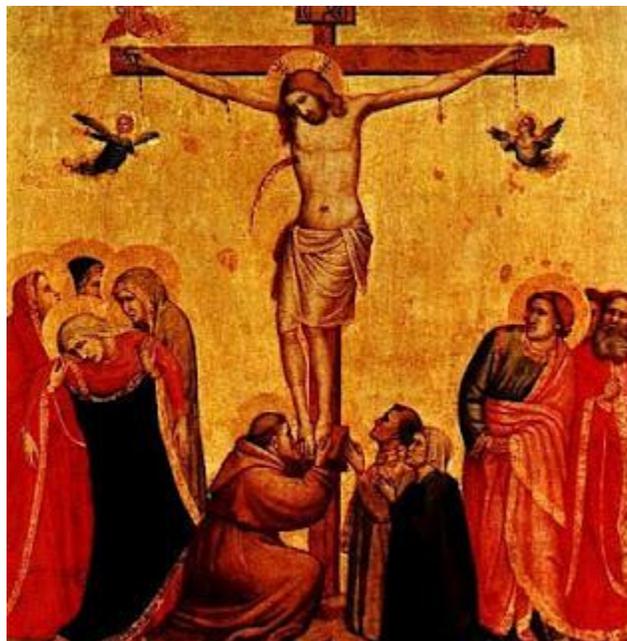
“Entonces Pilatos pronunció la sentencia que el pueblo reclamaba. Junto con Jesús llevaban también a dos malhechores para ejecutarlos. Al llegar al sitio llamado de la Calavera, lo crucificaron allí, y con él a los malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda. Mientras tanto, Jesús decía: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”” Lc. 23, 24. 32-34a.

Tras unos instantes de silencio, se le comenta a los jóvenes la anécdota de la película *La Pasión de Cristo*, según la cual las manos que clavan a Jesús son las del mismo Mel Gibson, pues según él dijo: “Era yo el que le había puesto en la cruz. Eran mis pecados los que le pusieron allí”. Cristo se entregó a la cruz por salvarnos de la condena que nuestros mismos pecados acarreaban, y reflejo de esa entrega desinteresada es la oración que sale de sus labios al ser izado en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Cuando nosotros pecamos, no sabemos lo que hacemos: vamos a tontas y a locas, en busca de una guía, de algo que valga la pena. La Cruz de Cristo es la señal, el faro, que nos atrae hacia la Verdad: el Amor Eterno de Dios.

Octava Estación: Jesús muere en la Cruz

Esta estación es el momento culmen del encuentro. Toma lugar justo donde está el Velo del Templo, ahora marcado de rojo. Hay varias velas prendidas en el centro, y se invita a los jóvenes a sentarse en el piso alrededor de ellas. La luz está apagada o difuminada. Sin introducción, resuena una música apropiada en el fondo, o si no, el sonido del viento y la tormenta. Con voz solemne, uno de los animadores lee el siguiente texto:

“Hacia el mediodía se ocultó el sol y todo el país quedó en tinieblas hasta las tres de la tarde. En ese momento, el velo del Templo se rasgó por la mitad, y Jesús gritó muy fuerte: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Y dichas estas palabras, soltó su último aliento.” Lc. 23, 44ss.



Justo cuando se cierra con “Palabra de Dios”, otro animador rompe de lado a lado el Velo del Templo, dejándolo muy en claro lo que hace. El Velo y sus manchas simbolizaban los pecados que nos separaban de Dios, pero Cristo murió por nosotros, Él pagó nuestra deuda, y ya nada impide que podamos contemplar a Dios cara a cara, excepto que nosotros decidamos lo contrario. Se proclama que ese es el amor de Dios, un amor que no es egoísta ni busca sus propios intereses, sino un amor que solo sabe amar y amar hasta el extremo. Hasta el extremo de la muerte en la Cruz, para lavar nuestras faltas. En ese momento, siempre en actitud de oración, se escucha la canción *Nadie te ama como yo*, de Martín Valverde. Luego de que esta termina, se invita a uno de los jóvenes a que le dé gracias a Dios en nombre de todo el grupo por el regalo de la salvación. Porque ya no somos esclavos del pecado(los

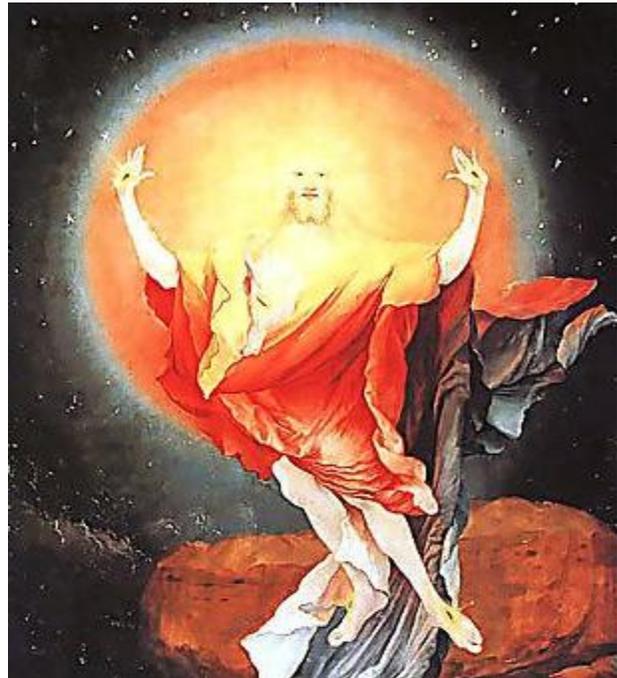
jóvenes son desatados en este punto), sino que podemos dejarlo de lado, y acercarnos a Aquel que Es. Luego de la acción de gracias, otro animador lee la continuación del texto.

“El capitán, al ver lo que había sucedido, reconoció la mano de Dios y dijo: “Realmente este hombre era un justo”. Y toda la gente que se había reunido para ver tal acontecimiento, al ver lo ocurrido, comenzó a irse golpeándose el pecho. Intervino entonces un hombre bueno y justo, llamado José, que era miembro del Consejo Supremo. Se presentó ante Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús. Después de bajarlo de la cruz, lo envolvió en una sábana y lo depositó en un sepulcro nuevo cavado en la roca, donde nadie había sido enterrado aún.” Lc. 23, 47s. 50. 52s.

Novena Estación: ¡Cristo ha resucitado!

Tras unos momentos de silenciosa reflexión, un animador indica que, sin embargo, la promesa y el amor de Cristo no acababan en la cruz. Otro animador abre una puerta o una ventana para dejar de repente entrar claridad al lugar, o en su defecto, se prenden las luces. De fondo, se escucha bajo los coros del Aleluya de *El Mesías*, de Händel. Se le pide a una de las muchachas que lea el siguiente texto:

“El primer día de la semana, muy temprano, fueron las mujeres al sepulcro, llevando los perfumes que habían preparado. Pero se encontraron con una sorpresa: la piedra que cerraba el sepulcro había sido removida, y al entrar no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. No sabían que pensar, pero en ese momento vieron a su lado a dos hombres con ropas resplandecientes. Estaban tan asustadas, que no se atrevían a levantar los ojos del suelo. Pero ellos les dijeron: “¿Por qué buscan entre los muertos al que vive? No está aquí: ha resucitado. Acuérdense de lo que les dijo cuando todavía estaba en Galilea: “El Hijo del Hombre debe ser entregado en manos de los pecadores y ser crucificado, y al tercer día resucitará”.” Ellas entonces recordaron las



palabras de Jesús. Al volver del sepulcro, les contaron a los Once y a todos los demás lo que había sucedido.” Lc.24,1-9.

Cristo ha muerto por nosotros, y resucitó por nosotros. Se hace eco de las palabras del pregón pascual: “Muriendo, destruyó nuestra muerte; resucitando, restauró nuestra vida”. ¡Cristo ha resucitado! Y en él, nosotros hemos muerto al pecado, y resucitados como santos y justos, hijos de Dios. Se entrega en este momento el cuadro “Morir y resucitar con Cristo”, y se les lanza la pregunta: Cristo murió por mí, ¿qué estoy dispuesto a hacer por Él? Cristo me salvó... ¿Voy a luchar por alcanzar y aceptar esa salvación? Dios me amó hasta el extremo... ¿Cómo le voy a demostrar mi amor a Él?

Oración final

Se invita a los jóvenes a reunirse en un círculo, de pie, para terminar con la oración que ha sido el encuentro. Se solicita un voluntario para que lea el siguiente texto:

“Así, pues, a los que él eligió los llamó; a los que llamó los hizo justos y santos; a los que hizo justos y santos les da la Gloria. ¿Qué más podemos decir? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? Si ni siquiera se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos va a dar con él todo lo demás? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios mismo los declara justos. ¿Acaso será Cristo, el que murió, y más aún, resucitó, y está a la derecha de Dios intercediendo por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Acaso las pruebas, la aflicción, la persecución, el hambre, la falta de todo, los peligros o la espada? Pero no, en todo eso saldremos triunfadores gracias a Aquel que nos amó. Yo sé que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni las fuerzas del universo, ni el presente ni el futuro, ni las fuerzas espirituales sean del cielo o de los abismos, ni criatura alguna podrán apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor.” Rom. 8, 30-35. 37ss.

Se solicitan otros tres voluntarios para que den gracias a Dios por el regalo de la salvación, y por su Amor Eterno. Luego, sin incluir Padrenuestro ni Avemaría, se reza un Gloria, y se procede a la Paz.

DETALLES TÉCNICOS

DURACIÓN APROXIMADA

Bienvenida-Técnica	15 min
Gesto introductorio	10 min
“De su plenitud hemos recibido todos”	10 min
“Tanto amó Dios al mundo”	10 min
La traición de Judas	10 min
La Oración Sacerdotal de Cristo	10 min
Jesús es arrestado	10 min
Las negaciones de Pedro	10 min
Jesús y Pilatos	10 min
Jesús es crucificado	10 min
Jesús muere en la Cruz	20 min
¡Cristo ha resucitado!	10 min
Oración final	10 min
TOTAL APROXIMADO	2 h 25 min

En caso de necesidad, se puede omitir la Técnica y la emulación de la Cena Pascual en *La traición de Judas*.

MATERIALES

- Equipo de audio o similar
- Lecturas bíblicas de cada estación
- El Velo del Templo.
- Témperas rojas.
- Seis cruces de papel de tamaño normal; una más grande.
- Imágenes de reyes; una imagen del Jesús coronado de espinas; una imagen de un gallo; una imagen del planeta; un mantel; una hogaza de pan aplanada; una copa y jugo de uva; las ligaduras para los jóvenes.
- Candelas.